

Año LXXXIII. urtea

282 - 2022

Enero-abril

Urtarrila-apirila



Príncipe de Viana

SEPARATA

Teresa Catalán

Alicia EZKER CALVO

Sumario / Aurkibidea

Príncipe de Viana

Año LXXXIII · n.º 282 · enero-abril de 2022
LXXXIII. urtea · 282. zk. · 2022ko urtarrila-apirila

ÁNGEL EN EL RECUERDO. Homenaje al padre Ángel Martínez Baigorri, S. J. en el 50 aniversario de su fallecimiento (1971-2021) / ÁNGEL OROIMENEAN. Aita Ángel Martínez Baigorri S. J. hil zeneko 50. urteurrenean (1971-2021) Carlos Mata Induráin (coord./koord.)	
Presentación / Aurkezpena Carlos Mata Induráin	9
Evocaciones –antiguas y modernas– del padre Ángel Martínez Baigorri, S. J. Aita Ángel Martínez Baigorri S. J.ri buruzko oroitzapenak –zaharrak eta berriak–	21
Presencia de la poesía de Ángel Martínez Baigorri en la historia literaria de Navarra desde 1970 Consuelo Allué Villanueva	69
Ignacio Ellacuría y Ángel Martínez en diálogo epistolar José Argüello Lacayo	87
Una aproximación al poemario <i>Ángel en el País del Águila</i> (1954) de Ángel Martínez Baigorri: génesis, estructura y temas Carlos Mata Induráin	107
El fondo documental del padre Ángel Martínez Baigorri en el Archivo Contemporáneo de Navarra M.ª Teresa Sola Landa	147
LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS DEL AÑO 2021 / 2021eko LANAK ETA EGUNAK	
Tesis doctorales sobre temática navarra de ciencias humanas, sociales y jurídicas, leídas en 2021 (Según la Base de datos Teseo del Ministerio de Educación)	169

Sumario / Aurkibidea

Nafar literaturak 2021ean zer ekarri duen euskaraz Ángel Erro Jiménez	173
Autores navarros en castellano, año 2021 Mikel Zuza Viniegra	177
Una exposición temporal para una colección permanente Mireya Martín Larumbe	181
Con las botas puestas Marga Gutiérrez Díez	189
I Jornadas sobre Videojuegos y Creación Digital en Navarra Ana Herrera Isasi	203
Máster en «Prácticas artísticas y estudios culturales: cuerpo, afectos, territorio». Necesidad y deseo hechos realidad Amaia Arriaga, Nerea de Diego	209
Noticias sobre etnografía, folclore y cultura tradicional en 2021 David Mariezkurrena Iturmendi	217
Discurso Premio Príncipe de Viana 2021 Teresa Catalán Sánchez	223
Teresa Catalán Alicia Ezker Calvo	227
Currículums	243
Analytic Summary	247
Normas para la presentación de originales / Idazlanak aurkezteko arauak / Rules for the submission of originals	249

Teresa Catalán

Alicia Ezker Calvo

Periodista

aliezker@gmail.com

DOI: <https://doi.org/10.35462/pv.282.16>

Teresa Catalán entró en 2021 en la lista de personas galardonadas con el Premio Príncipe de Viana de la Cultura, la distinción más importante de la cultura navarra que esta vez quiso reconocer la brillante aportación de la compositora navarra (Pamplona, 1951) a la música contemporánea y en especial su labor como investigadora, docente y compositora. Un premio que se suma a otros significativos en su carrera, como el Premio Nacional de Música (2017) o la Medalla de Oro al Mérito de las Bellas Artes con la que fue distinguida en 2021, el de su setenta cumpleaños. Año de premios y estrenos.

La música es para ella su pasión, una forma de vida, un lenguaje para comunicarnos, que como todo lenguaje exige escucha e intención por entenderlo. Reconoce que llegar hasta donde ha llegado no ha sido fácil, con dificultades añadidas por el hecho de ser mujer en un mundo, el de la música, donde todavía no se puede hablar de igualdad. Pero mirando hacia atrás se siente afortunada por haber podido trabajar en las tres áreas que se trazó en sus inicios, la creación, la docencia y la difusión, siguiendo incombustible, sin dejar de aprender, sin perder la curiosidad, sin dejar de hacerse nuevas preguntas.

Su vida, apasionante, como su música, no se entienden la una sin la otra y siempre por delante el trabajo, la constancia y la voluntad de hacer lo que cree que debe hacer, sin dejarse marcar el camino por lo políticamente correcto.

En un momento como el actual, en medio de la crisis social que todavía vivimos por la pandemia, defiende como la mejor herramienta para avanzar la educación y pone en los jóvenes toda su confianza.

Escuchar su música y sus palabras es un gran aprendizaje siempre. Con ellas se abre una nueva manera de mirar el mundo, de apostar por una sociedad culta y reflexiva que no se deje seducir por lo efímero, por el mero entretenimiento y que se enriquezca con el saber y el conocimiento.

Aquella niña que miraba el piano del Museo de Navarra, donde pasó su infancia, es hoy catedrática emérita del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid, entre otros cargos. Un recorrido profesional merecedor de importantes premios, entre los que sin duda, el recibido en su propia tierra hace unos meses tiene un sabor especial y un recorrido vital junto a su familia, su marido Carlos Esparza, sus hijos Cecilia, Carlos e Irene y su nieto, Carlos Gortari Esparza.

¿Cómo se encuentra, cómo está viviendo este momento tan excepcional, que ya dura más de dos años marcado por la pandemia del covid-19? Tiempo de parón, de recogimiento, de reflexión, de cuidarse para cuidarnos como sociedad. ¿Han sido especialmente complicados estos años para Teresa Catalán?

Efectivamente, este tiempo no ha sido fácil... partimos de sentir asombro, incredulidad, y nos vimos inmersos en algo global que no habíamos previsto. Ha sido un golpe, un aviso a nuestra soberbia, la constatación de que somos frágiles, y esas alertas nos deberían hacer reflexionar porque hay más problemas planetarios latentes, y aunque menos abruptos, nos amenazan incluso más seriamente y tendremos que afrontarlos. A mí, personalmente, me paralizó la situación, porque no podía hacer nada más que defenderme de un enemigo desconocido e intimidante que había detenido la vida y nos situaba en otro futuro. En un primer momento, apenas podía salir del estupor y de una parálisis extraña, incómoda y estéril, que pude ir paliando con mucho esfuerzo.

Me parece inevitable preguntarle por el papel que cree ha jugado y juega la música y la cultura en esta crisis sanitaria, social, económica y me atrevería a decir que individual. La cultura de alguna manera nos salvó en el primer confinamiento como una ventana al aire cuando las puertas estaban cerradas, pero no sé si somos del todo conscientes de lo mucho que necesitamos la cultura para vivir, para construir una sociedad saludable.

La música está presente permanentemente en nuestras vidas, y en un momento como este ha sido para todos compañía, consuelo, identidad... también se incrementó la lectura, incluso ha habido instituciones culturales que han resistido ejemplarmente los tiempos más desoladores... pero no sé si la detención de la actividad ha servido para la reflexión, para una introspección imprescindible que en el tiempo ordinario siempre sobresaturado que vivimos, no es tan fácil. Quiero decir que si es un hábito el consumo de productos que son verdaderos trampantojos culturales sin huella ni fuste, la costumbre no ha cambiado en tiempos de pandemia, y quizá por eso, la cultura entendida como valor no creo que haya crecido. En definitiva, ahora tenemos dos problemas, el más antiguo y ya endémico es cómo conseguir la mirada de la sociedad a la cultura como conocimiento, como motor de significado (esa preocupación de pocos que no apoya

casi nadie), y el sobrevenido, que es recuperar económicamente al sector. Los lamentos se fijan mayoritariamente en las pérdidas económicas, en lo urgente, pero considero más importante reclamar modelos que resuelvan el triste alejamiento general de la cultura entendida como juicio crítico, como fuente de consciencia para el enriquecimiento intelectual, como ambición por el conocimiento, algo que también beneficiaría a las industrias culturales. El problema es el modelo, porque no estamos educando a públicos críticos, y supongo que eso facilita una transformación hacia lo perecedero, lo inmediato, lo inconsistente, lo fugaz.

Hablaba en el discurso que pronunció el pasado mes de junio tras recibir el Premio Príncipe de Viana que hemos vivido «tiempos de sombras, de un vacío insoportable» y que ahora tenemos por delante el reto apasionante de construir e inventar un «nuevo tiempo más saludable, solidario y consciente», ¿cree que seremos capaces como sociedad de lograrlo?

Claro, el reto de recuperarnos es apasionante, pero insisto en que las soluciones económicas que construyan esa sociedad mejor, se deben abordar fijando estrategias que consigan una colectividad solidaria, que sepa reconocer y priorizar las necesidades acuciantes por sí mismas, no por coyunturas o intereses. Por ejemplo, la sanidad es una necesidad fundamental, pero también hay que pensar en que la educación es el cimiento de nuestra sociedad. Nos hemos ido civilizando, y eso ha sido una conquista que no debemos perder en manos de la inmediatez, o de una banalidad insoportable. Por eso hablaba de inventar un nuevo tiempo, y no hacemos nada si el invento –que debe caminar necesariamente hacia mundos nuevos–, repite errores antiguos. Nos falta educación, pero antes nos falta reconocer qué es educación.

Se le considera un referente de la historia de la música en Navarra, porque ha conseguido una técnica y una estética con la que desarrollar un lenguaje propio dentro del lenguaje de la música, palabras del jurado cuando le otorgó el Premio Príncipe de Viana. ¿Cuál es ese lenguaje propio, de qué se nutre? ¿A qué suena la música que compone?

No sé a qué suena mi música. Me limito a proponer lo que considero una reflexión sonora ubicada en el mundo que vivo, pero proyectada al futuro que evoluciona desde el reconocimiento de lo vivido, no creo que tengamos que olvidar ni negar la historia, es asombrosa.

¿Qué es para Teresa Catalán la música? Sé que es una pregunta amplia y tópica, pero creo necesario para entender toda su vida, su trabajo, sus obras, sus ideas, su entrega.

No hace falta extenderse mucho. Para mí, la música es vida, estímulo, propuesta, reflexión, interrogación, pasión, rebeldía, investigación, reto, expresión, asombro, creación, desafío, aprendizaje, emoción, superación... en definitiva, vida, mucha vida.

El arte, la música, la cultura como la eterna lanzadora de preguntas, como el gran interrogante que siempre vuelve cuando crees tener la respuesta ¿Es esa búsqueda lo

que le mueve a la hora de crear una pieza nueva? ¿Cómo hacer para que la curiosidad no muera nunca?

La música interroga tanto, que estimula a seguir. Cuando se termina una obra, si no es un trabajo fallido, lo que significa es una nueva propuesta, un nuevo problema para resolver, tras del que salgo corriendo. Me puede la curiosidad y la necesidad de aprender.

El arte es libertad, sin arte no somos libres, pero libres a veces no somos capaces de llegar al arte.

Cualquier creador, y por tanto también los compositores sabemos que la libertad es imprescindible, pero la usamos para establecer limitaciones. Quiero decir que con todo disponible simultáneamente solo aparece el vacío absoluto, el negro, la masa informe. La libertad obliga, nos obliga a tener conocimiento y herramientas si queremos llegar a alguna parte, es decir, primero debemos tener dónde elegir para poder acotar, para poder limitarnos y así alcanzar y establecer lo que convenga a nuestra expresión, a la definición del objeto que queremos crear. Lo decía Natalia de Koeru: «Estableced la limitación, para obtener de nuevo la libertad».

Incluso si de lo que hablamos es de ser capaces de alcanzar la comprensión como espectadores, de conseguir el disfrute del arte en todo su sentido (comprendiendo los límites de concepto y proceso elegidos por el creador), tendremos que hablar –una vez más–, de educación. El disparate de olvidarnos de que la educación es una prioridad, tiene consecuencias fatales y una de ellas es interpretar la libertad como una forma de primitivismo.

Desde que se jubiló como docente asegura que su ritmo de trabajo ha aumentado. Quizás es tiempo de mirar hacia atrás hacer balance y hablar de sus principales logros, de aquello de lo que se siente más satisfecha, musical y personalmente Y como no, hablar del futuro, de los retos inmediatos que tiene entre manos que seguro serán muchos.

A lo largo de una vida hay muchos, muchísimos retos que se deben superar. Unos cuestan más, otros no tanto, pero con todos hay que luchar, no dejar que decaiga el ánimo, y no perder la perspectiva del objetivo marcado ¡aunque haya que dar vueltas, adaptarse a las curvas, esperar, y tener paciencia para alcanzarlo! El balance de lo conseguido hasta aquí no es malo, porque he tenido posibilidad de trabajar en las tres líneas que tracé cuando empezaba: creación, docencia y difusión, y he tenido el coraje y la suerte de seguir incombustible –a pesar de muchos avatares complicados–, cumpliendo retos y desafíos. Ahora todo es más sereno y por tanto hay más profundidad, y eso permite no dejar de aprender entendiendo mejor las cosas, envejecer es extraordinario, me parece un privilegio y hacerlo bien, un reto. Y en esas estamos...

¿Ha habido algún momento especialmente difícil en su carrera? ¿Y el más gratificante?

Hay una constante de momentos difíciles que aparecen cada vez que me enfrento a un pentagrama en blanco... superarlos es el reto que lleva al momento más gratificante, que es llegar a comprobar en el primer ensayo –desde la tensión de lo decidido–, que la

obra funciona porque responde a lo que efectivamente, quería decir. Ese es un momento muy feliz, tanto como horrible es comprobar que no es exactamente lo que querías hacer. Es una tensión constante que termina cuando empieza la siguiente, porque partes de lo aprendido para volver a empezar, puesto que hay que seguir cuestionando todo en una rueda infinita.

Y... dificultades de otra naturaleza hay siempre muchas. Por ejemplo, el hecho de ser mujer no ha facilitado las cosas, aunque también he encontrado muchísimas compensaciones, y una excepcional es ver que mis alumnos caminan abriéndose paso entre la maleza cada vez más espesa, y trabajando en la creación con puntos de vista estéticos muy diferentes, pero siempre con solvencia y honestidad. He tenido la suerte de ser docente, de sentirme implicada en el camino de jóvenes que decidieron comprometerse con la creación a pesar del futuro incierto, y con la complejidad de una profesión que pocos entienden y menos todavía reclaman. Han sido muchos años de convivencia con alumnos extraordinarios a los que les debo mucho.

En un mundo como el actual la música es demasiadas cosas y muchas veces es tal el ruido que no se escucha la melodía, como que necesitamos más que nunca los silencios. Escuchar en lugar de oír, ser capaces de apreciar la belleza. ¿Lo cree así?

Escuchar, escuchar es siempre la propuesta que hago convencida de que la música es un lenguaje. Para entender, hay que escuchar. Es muy frecuente oír únicamente, y quizá se hace como excusa para evadirse de uno mismo, lo digo porque es fácil observar a personas que dan la impresión de que viven huyendo hacia cualquier sitio utilizando el aturdimiento del ruido.

Vivimos sobresaturados de estímulos, y es difícil conseguir que los públicos se acerquen a la música contemporánea.

Habría que definir qué es la música contemporánea, porque toda la música lo es en el momento que nace. Sin embargo, hoy se consideran contemporáneas obras que tienen cien años, pero no se consideran así trabajos de la misma época que hayan continuado el lenguaje decimonónico, luego no es una cuestión de fechas. En definitiva, se consideran músicas contemporáneas (en una clasificación excluyente), todas aquellas que hayan superado con mayor o menor radicalidad el lenguaje musical del XIX, una solución demasiado elemental para ser precisa y eficaz porque no caben todas esas músicas en la misma cesta.

La realidad es que los compositores hoy, seguimos notando el reproche del público que salió huyendo de las vanguardias extremas a partir de los años veinte del pasado siglo, y eso es injusto entre otras cosas, porque hay música magnífica independientemente de su adscripción técnica o estética, miremos por ejemplo a Rodrigo y Acilú, dos coetáneos antagonistas estéticamente, pero ambos de una calidad y un mérito irrefutables.

La complejidad de las propuestas que durante el siglo XX se alejaron abruptamente del canon, del lenguaje que se reconocía con comodidad, ha dificultado mucho el diálogo

go con el público desde entonces. No obstante, y sin llegar al desaliento, somos muchos los que –superando los tópicos decimonónicos–, no queremos renunciar a comunicarnos con ese colectivo que se interesa por la expresión artística de su tiempo, y que sin duda es nuestro público natural, pero es difícil llegar masivamente a una sociedad que ha cambiado sus costumbres culturales por entretenimiento.

¿Se puede educar al público para que escuche aquello que no demanda en un tiempo en el que el consumo lo marca todo y los gustos se imponen sobre la calidad?

¡Claro!, pero solo podemos superar ese temible estado de cosas con una herramienta infalible: la educación, no creo que haya muchas más soluciones... Si la calidad fuese reclamada por la mayoría como requisito, no se impondrían los productos de usar y tirar.

En una sociedad como la actual, tan sobrecargada de información, donde lo líquido se impone, donde lo complejo no interesa porque exige trabajo, usted defiende el compromiso de los compositores para tratar de ser un puente entre la sociedad y la creación y para ello apela a la educación como herramienta esencial.

Sí, ya lo recalca antes... por muchas reflexiones que hago, no se me ocurre ninguna solución mejor.

Ha dicho en más de una ocasión que información no es conocimiento y cultura no es entretenimiento, que hay que ser exigente y tratar de buscar la verdad y la excelencia. En su larga trayectoria siempre la ha buscado, pero encontrarla exige caminos a veces complejos, supongo.

Cualquier empeño de búsqueda es exigente, pero mantenerlo en el tiempo es el reto; aceptar que una pregunta si está bien hecha genera otra, es la constatación de que es una tarea vitalicia y rigurosa.

¿Y cómo cree que se puede hacer para cultivar el pensamiento?

La educación marca el camino, la ambición intelectual sostiene la ruta, y la curiosidad nos mantiene en la tarea.

La música como bien social y no la cultura como instrumento de poder, bonita declaración y mejor aún modelo sobre el que ha asentado su trayectoria. Alejada del éxito fácil, siguiendo la línea del talento, el trabajo, la constancia, el esfuerzo.

Aprendí de mis padres a ser rigurosa y honesta conmigo misma.

¿Se puede separar la vida de la creación? En qué manera su música le refleja a usted misma, sus vivencias, sus alegrías, sus miedos.

No sé cómo se separa la vida de la creación, porque esta es un estímulo que me ha ayudado a pensar, que me ha enseñado, que me interroga constantemente, que me acompaña,

y además, santo y seña desde que tengo recuerdos. Primero la admiré en tantos grandes personajes que conocí en el Museo, en lo que fue mi casa, y cuando fui capaz de comprender mejor lo que significa, me involucré con ella plenamente y ya han pasado cincuenta años. Estoy enredada con la música desde hace sesenta y cinco... ¿cómo se puede separar nuestra realidad profunda de lo que se llega a ser? Supongo que mi música me representa, de otra forma me habría estado engañando permanentemente.

Muchas de sus entrevistas, sobre todo las más recientes, dedican gran parte de las preguntas a su condición de mujer, a cómo se ha sentido en un mundo marcado por la presencia de grandes compositores masculinos. Ojalá llegara un día en el que ser mujer y compositora y estrenar grandes obras sinfónicas y ganar premios o ser catedrática no fueran noticia, sino algo cotidiano, pero a día de hoy todavía lo son. Supongo que es consciente que le ha tocado abrir camino, ser referente de otras muchas mujeres que han seguido sus pasos. ¿Cómo cree que hemos ido evolucionando en ese sentido y cómo nos ve ahora? ¿Lo ha tenido más difícil en su carrera por ser mujer?

Sí, claro. Me ha tocado romper techos de cemento y de cristal partiendo de esfuerzos añadidos, por ejemplo, los que la naturaleza nos impone como madres. Además, la falta de referencias, las costumbres y las dinámicas aceptadas universalmente (especialmente en aquel momento en el que –en general–, las mujeres aceptaban los estereotipos sin chistar), no facilitaban la vida de una rebelde. Ha sido duro, pero también satisfactorio ir viendo cómo caen barreras, y cómo los hombres inteligentes han comprendido bien la situación y la van cambiando. Los otros, los que no lo son, siguen empeñados en mantener privilegios y moldes que no se comprenden ni se justifican.

¿Hay algo especial en la manera de componer de las mujeres? ¿Se puede hablar de una corriente femenina en la música contemporánea?

Rotunda y radicalmente, no. La mujer tiene las mismas capacidades intelectuales que el hombre... a partir de ahí, tanto unas como otros hacemos las cosas bien o mal, nos expresamos de una u otra manera, pero eso tiene que ver solo con las características individuales. El problema ha sido de orden social, porque el papel que tenía la mujer a lo largo de siglos no le permitía desarrollarse con toda su potencia. Hoy en día parece que la sociedad va comprendiendo que no hay diferencias, y que las desventajas –aunque sean históricas–, son inasumibles. El secreto está en la igualdad, en la no discriminación. Hay que conseguir que aquellos que todavía no lo han comprendido, vayan cediendo por la fuerza de los hechos, pero para eso, las mujeres nos tenemos que presentar en igualdad. Por ejemplo, las estadísticas demuestran que aún hoy, los programas de conciertos se olvidan de nuestros trabajos con demasiada asiduidad. Todavía nos queda mucho camino por recorrer. En honor a la verdad, tengo que aceptar que se ha mejorado bastante desde el tiempo en el que yo empecé, y estoy convencida de que como el talento no se puede ocultar, es solo cuestión de tiempo. Caerán las barreras, seguro, pero hay que seguir adelantando camino en este sentido también.

Fue la primera mujer que conseguir una cátedra de composición en España, ahora la situación habrá cambiado, pero entonces era algo excepcional.

Ya era excepcional ser compositora, de hecho, no tuve ninguna referencia, y no es porque no las hubiera, sino porque la historia las ha ignorado. Debo mencionar aquí a una compositora navarra que fue pionera, ejemplar, valiente... me refiero a Emiliana de Zubeldía, pero fue un descubrimiento que hice mucho después de ser profesional. Sin ninguna referencia, había que inventarlo todo. Efectivamente, fui la primera compositora que accede a una cátedra de esa especialidad por oposición y desde ahí, abrir camino en un mundo esencialmente masculino que me miraba entre compasivo y molesto, no fue fácil. El anecdotario es variado y va desde lo divertido hasta lo más patético, pero es una satisfacción comprobar que hoy en día, al menos en el contexto docente de la composición ya está normalizada la presencia femenina.

Donde seguro no hay igualdad quizás no es ya tanto en la creación sino en la difusión. A veces da la sensación de que la música de mujeres, como la literatura, el cine, el arte se queda un poco en los ciclos en los que el hecho de ser mujer va antes que la profesión y el resultado del trabajo, que hay un cierto miedo a programar creación femenina en igualdad de condiciones. ¿Cómo lo ve usted, lo ha sentido así?

Constantemente. El fenómeno del gueto es fatal para la normalización. Algunos programadores se justifican porque sus estadísticas cumplen porcentajes, pero es tramposo, porque han hecho muchos encargos de pocos minutos y flacas minutas a las compositoras, y comisionan a compositores con encargos sinfónicos sin límite de medios y bien pagados, o cartas blancas con un número desproporcionado de conciertos y recursos. La presión obliga a esta situación testimonial de presencia femenina, pero el problema no está resuelto y solo se normalizará el día que no haya que llamar la atención y explicar que todo esto es injusto. No tardará en llegar, estoy convencida de que estamos cada vez más cerca, aunque hay que seguir en el empeño. La clave: que las mujeres lleguemos a puestos de responsabilidad no como testimonio, sino en el número que corresponde a nuestro talento. Ese día habrá terminado el problema y empezarán a estar en su lugar solo quienes lo merezcan y desaparecerá incluso la discriminación positiva... la que disfrutaban los hombres, quiero decir.

¿Ha tenido que renunciar más que otros colegas suyos para llegar a donde ha llegado? Le pregunto porque en sus inicios dedicarse a una actividad como la composición, no habrá sido fácil en muchos momentos.

Sí, he renunciado a muchas, muchísimas cosas, he hecho triples jornadas durante mucho tiempo, en fin..., pero no creo que la reivindicación deba partir de la queja, lo que hay que exigir es igualdad y justicia. Los esfuerzos individuales suman, y entre todos (aquí sí debo decir que todavía hoy entre todas y unos pocos), vamos consiguiendo que las cosas mejoren.

A raíz del Premio Príncipe de Viana de la Cultura, algunos de sus colegas y compañeros decían de usted que ha logrado todo lo que se ha propuesto, ¿lo cree así?

Las cosas vistas desde enfrente pueden parecer la estación final, pero no son así, porque hay que seguir aprendiendo, colaborando, empujando, trabajando, aportando algo a la sociedad con la que siempre estamos en deuda. Los premios no son un fin y por tanto tampoco son el final. Me siento muy agradecida, también abrumada, pero hay que superar los éxitos y seguir porque la autocomplacencia paraliza.

La definen como una gran compositora, creadora, filósofa y pedagoga. ¿Cómo se ve en cada una de estas facetas y en cuál se siente mejor?

En la creación, en la pedagogía y en la difusión he hecho un trabajo, pero no me considero una filósofa, ¡ya me gustaría!...

¿La pasión es imprescindible en la música?

Absolutamente, como en la vida.

Usted tiene una mirada optimista hacia la juventud hacia la educación, hacia las nuevas generaciones. Una sociedad sin educación se muere, sin música dejará de soñar, la frase es suya y es muy cierta.

La juventud debe tomar el relevo y tiene la tarea de conseguir un futuro informado, que no esté hueco, con objetivos, con los cambios necesarios, pero bien construido y solvente. La música debe seguir siendo significativa y no debe pasar a ser única y definitivamente mera excusa, solo función. No quiero que se interprete que solo acepto la música más intelectual porque toda es necesaria, pero incluso para el entretenimiento, deberíamos saber reconocer su valor. La música se clasifica en buena y mala, y flaco favor haremos si perdemos la capacidad de distinguirla así en cualquier contexto.

Navarra es una comunidad de música, de músicos, de compositores, desde Fernando Remacha, González Acilu, Ramón Barce, Luis Morondo, el Grupo de compositores de Iruña Iruñeako Taldea del que usted forma parte junto a Patxi Larrañaga, Vicent Egea, Koldo Pastor, Jaime Berrade... grandes nombres que sin embargo da la sensación de no estar en el lugar que se merecen, como que la sociedad no sabe la riqueza que tiene.

Navarra tiene una historia musical muy significativa. Prácticamente en todas las generaciones de músicos ha habido importantes representantes navarros; es una parte de nuestra historia que no por desconocida es menos valiosa. Si la sociedad vive de espaldas a la contribución que ha hecho cada uno de esos protagonistas es lógico que no se les conozca. Tampoco conocen a navarros de la altura musical de Emiliana de Zubeldía (hablando de compositoras). Digo esto porque cuando me incorporé al claustro del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid (el más influyente en España desde 1830, año de su fundación), tomé conciencia cierta de la cantidad de navarros importantes que pasaron por allá aportando un trabajo excepcional a la docencia, que han hecho carreras musicales imponentes y que han contribuido con obras muy significativas al desarrollo de la historia de la música y por tanto al patrimonio universal.

Me sorprendió tanto ver la contribución de nuestros compositores, que me encargué de hacer una nómina de creadores navarros en la historia. Son muchísimos, y eso que no he anotado a los intérpretes. Nos vendría bien conocerlos y presumir más, porque no hace falta señalar los beneficios que adquiere una sociedad orgullosa de sus gentes, de su trayectoria cultural.

Sin duda premios como Príncipe de Viana y el Nacional de la Música que usted ya ha recibido ayudan a que su obra sea reconocida y conocida en un mayor nivel. Qué han supuesto estos dos galardones en su trayectoria. Cómo los vivió, y puede contarle ahora que ha pasado tiempo. Especialmente el primero, un reconocimiento en su tierra.

Los premios son siempre azarosos, y pueden llegar o no. Me siento muy agradecida y muy honrada por haberlos recibido, pero también abrumada. Siempre pienso que hay alguien que lo debería haber recibido antes que yo y ahora sé lo que pueden llegar a pesar, porque añaden responsabilidad a lo que haces a partir de ese momento, porque siempre se espera excelencia en el premiado y eso es imposible. No obstante, cuando pienso en lo que hubieran disfrutado mis padres, siento una gran satisfacción. En el caso del Príncipe de Viana, sentí una conmoción especial, es un premio que aprecio muchísimo ¡porque es de casa!, y la emoción siempre me asalta cuando lo pienso.

Lo importante es que me han pillado siempre trabajando, que de eso se trata, pero cualquier premio siempre tiene la dualidad de ser estímulo y compromiso, lo que añade tensión, claro.

Uno de los retos pendientes es hacer que la música, clásica y contemporánea llegue a los más jóvenes. Cada vez son menos en los auditorios, pese a que los conservatorios siguen llenos de jóvenes con vocación y amor a la música, ¿Quizás se vende antes la fama que el esfuerzo?

Es un gran reto, sí, pero corremos el riesgo de no llegar a resolver ese problema porque no estamos educando públicos. La música, las artes han desaparecido de las enseñanzas elementales, medias y superiores... y sin haber educado a esos jóvenes, ¿alguien piensa que van a considerar la cultura como algo propio? Y hay agravantes... en salud y educación algunos plantean soluciones en el ámbito privado, para la cultura ni siquiera eso. ¿De qué futuro hablamos?

Otro asunto pendiente en la educación es equiparar la música al resto de titulaciones universitarias. Conservatorios integrados en los campus por ejemplo. Aquí tenemos una preciosa Ciudad de la Música en el extremo opuesto a la Universidad Pública de Navarra.

La equiparación ya está conseguida, nuestros títulos superiores son equivalentes a todos los efectos a una titulación universitaria, no obstante que los conservatorios superiores que alojan esas enseñanzas, tienen una regulación organizativa que corresponde a enseñanzas medias. Es una asignatura pendiente, una reivindicación de los músicos que ningún gobierno ha resuelto hasta hoy, algo incomprensible, que va en deterioro de nuestro rendimiento. El panorama es que, si ha desaparecido la música de las enseñan-

zas generales y en las conducentes a la profesionalización hay una crisis importantísima, no sé cómo podremos arreglar los problemas que estamos mencionando.

Navarra tuvo una importantísima Escuela de Música desde 1858, de la que salieron músicos insignes. Más tarde, el conservatorio Pablo Sarasate ha formado magníficamente a muchas generaciones y ahora, disfrutamos de una ciudad de la música que acoge los conservatorios de enseñanza profesional y superior, a lo que hay que añadir un buen número de escuelas de música donde formarse bien en las primeras etapas. Los problemas estructurales serios están en las enseñanzas superiores, y se deberían resolver lo antes posible.

La solución de los grados y posgrados en música podría ser, o incorporar paulatinamente el Conservatorio Superior de Navarra a nuestra Universidad Pública, o bien, crear un campus propio junto con el resto de las Escuelas de Artes de rango superior con la estructura universitaria que les corresponde. Esperemos que las autoridades comprendan la importancia de este paso. Navarra podría ser pionera, la primera comunidad en sumarse al resto de países europeos, que ya han solucionado el problema. Depende de nosotros.

Parte de su legado está ya en el Archivo de la Música y las artes escénicas de Navarra un proyecto esencial para preservar nuestro patrimonio musical. Un gesto generoso hacia la sociedad.

Y mi documentación estará allá al completo cuando ya no la tenga que usar constantemente. El proyecto de crear un Archivo de la Música y las Artes Escénicas (AMAEN) en Navarra en 2017 ha sido brillante, extraordinario. Se va a recoger y preservar sistemáticamente la contribución de los músicos, hasta entonces dispersa o en algunos casos, directamente perdida. Somos nosotros los que tenemos que agradecer la iniciativa a nuestro Gobierno, y felicitar a las personas que la gestionan con tanta eficacia.

Navarra siempre ha estado muy presente en su trabajo a pesar de haber vivido tantos años fuera nunca ha roto lazos con sus raíces.

La raíz, el origen soporta el suelo por el que caminamos hacia adelante. Soy navarra, lo proclamo orgullosa donde voy (allá donde esté, quienes me conocen lo saben), y si he vivido fuera de casa es porque la vida profesional me lo ha exigido. Allá sigue mi referencia, y allá volveré en cuanto sea posible. Aportar algo a su crecimiento para mí es una obligación y un orgullo.

Hablemos de sus orígenes en la música, de esos primeros años en la infancia, cuando su padre trabajaba en el Museo de Navarra, de ese piano con el que soñaba, de sus primeras clases, de la importancia de la familia en su vida y en la profesión que eligió. Cuénteme esos años.

Ese tiempo pasa delante de mí como si fuera una película, lo recuerdo nítidamente. Tuve suerte de tener unos padres extraordinarios que además eran sensibles al arte, a la creación, y que se empeñaron en mi futuro. Mi padre soñaba verme revestida con traje académico doctoral y me alentaba a conseguirlo ¡lástima que no pudo disfrutarlo cuan-

do lo logré! Vivíamos en el Museo de Navarra (mi padre era el conserje), y allá tuve un ambiente cultural extraordinario para una niña de mi edad. Conocí a personajes que en el imaginario infantil y juvenil se transformaban en seres asombrosos por su sabiduría, su prestancia, o su singularidad. Pintores, restauradores, catedráticos, músicos, arqueólogos, estudiantes (allá estaba en los cincuenta y primeros sesenta el Estudio General de Navarra), y otras personalidades importantes de distintas especialidades, que frecuentaban lo que orgullosamente consideraba mi casa. Un tiempo especial, una base que enfocaba el futuro. En el piano del Museo descubrí la música, y con los pianistas que venían a ensayar o a hacer sus conciertos viví mis primeros asombros. Apenas tenía seis años cuando dije a mi padre que quería ser músico, y pocas veces le vi tan entusiasmado. Para que lo pudiera conseguir recogió un piano destinado al desguace, y sin conocer en absoluto el instrumento vació de muebles una habitación en casa, desarmó pieza por pieza aquel mecano y las dejó extendidas meticulosamente en el suelo sobre unas sábanas blancas. Dedicó más de un año a reparar cada uno de los elementos que lo completaban: muelles, tornillos, martillos, fieltros, cuerdas, pedales... lo reconstruyó magníficamente y ahí empecé la vida musical. Mi primera actuación en público (no me atrevo a llamarlo concierto) fue en la sede de Mater Amabilis a los nueve años. Me daban clases en el colegio de monjas al que asistí, y poco después en el Conservatorio Pablo Sarasate pensado y dirigido por Remacha, que se instaló en un flamante edificio construido exprofeso, y que firmó su amigo el arquitecto García Mercadal. Corrían los años sesenta. Fue un privilegio la formación que conseguí en esa casa, con músicos extraordinarios a los que siempre que tengo oportunidad menciono: Fernando Remacha, Luis Morondo, Luis Taberna, José M.^a Munárriz, Miguel Ángel Otaegui, Pilar Bayona, Juan Eraso, etc., etc., que fueron ejemplo y guía.

La importancia de mi familia ha sido siempre crucial, pero también lo ha sido la familia que yo formé. Tres hijos que me han enseñado mucho, que me han hecho madurar, y que seguramente son lo mejor que he creado en mi vida, junto a un hombre bueno. Solo tengo palabras de cariño y agradecimiento para todos ellos.

¿Y cómo siguió su carrera? ¿Dónde se inspiró, qué tipo de música le interesó, cómo cultivó un estilo propio? ¿Cree que se precisa un don especial para ser compositora?

Mi carrera, como la vida misma, es un mar de dudas, de empeños, de fracasos, de éxitos, de obstáculos... A partir de los encuentros del 72 y de trabajar con los maestros Acilu y Barce, fui comprendiendo y reconociendo lo que quería y debía hacer. El imperativo categórico mantiene firme la dirección elegida, porque también me enseñaron que todo debe ser cribado éticamente, una empresa complicada, lenta, compleja, pero que es capaz de generar satisfacciones íntimas muy valiosas, imposibles de alcanzar en otro lugar, probablemente.

Aunque quizá es algo que deben hacer otros, los críticos y estudiosos de la música, me gustaría que me definiera cómo cree que es su estilo, su marca, el sello que siempre está en las composiciones de Teresa.

No lo sé. En realidad, no me esfuerzo en crear una imagen específica, ni sonora ni personal, claro. Hago lo que creo en conciencia que debo hacer, independientemente de

lo que sea políticamente correcto. Ser fiel a uno mismo es esencial en cualquier proceso de creación que pretenda autenticidad y no persiga el éxito como objetivo.

Su catálogo de obras incluye prácticamente todos los géneros.

He trabajado obra para instrumentos a solo, música de cámara y sinfónica, pero no he abordado ningún trabajo para el cine, el pop, ni el folclore. Me atengo al mundo que conozco, en el que encuentro mi vehículo de comunicación y de expresión, debo ser coherente.

Libre, rebelde, comprometida, entusiasta, exigente, soñadora..., todo eso han dicho en estos últimos meses de usted.

Pues seguramente habrá algo de todo eso y habrá que añadir aspectos negativos también, todos somos compuestos.

La docencia es otra parte esencial de su trabajo. ¿Cuál es la lección más importante que trata de dar a sus alumnos y alumnas?

El objetivo docente que he mantenido durante años ha sido claro y prioritario, y lo puedo resumir en un lema: enseñar a pensar, un ideal que mantiene cualquier docente, supongo. Además, he transmitido las herramientas imprescindibles que en música son fundamentales porque con herramientas y sin cabeza, haremos todavía menos que con cabeza y sin herramientas. En fin, hay que activar pronto el talento, porque en una materia creativa es preciso, esencial.

Siempre ha vivido de cara a la realidad social de su época, a su tiempo, ¿le preocupa lo que ve ahora?

Muchísimo. Este es un momento crucial que no estamos sabiendo afrontar bien porque los cambios son profundos y rápidos, empujados por los avances tecnológicos que han tomado protagonismo. El mundo nuevo es tecnológico, claro, pero no se nos debe olvidar que los robots también necesitan ser gobernados desde la ética. Les tendrán que instalar al viejo Sócrates.

La música, la filosofía el pensamiento, la serenidad, el tiempo, el silencio, aspectos esenciales para entender lo que nos rodea, pero que muchas veces exigen una actitud de trabajo y responsabilidad que no siempre acatamos.

En mi caso, he sido siempre muy disciplinada. He mantenido constante el estudio y el esfuerzo, a pesar de que no he renunciado a ser madre ni a estar cerca de mis hijos. En cualquier caso, una meta como la que me propuse, o mantiene esa posición de trabajo y responsabilidad, o no se llega a comprender en profundidad lo que nos rodea. La filosofía es fundamental, y la reflexión a la que invita la mejor herramienta.

Sus setenta años fueron redondos, espero que buena salud, premios, estrenos, el último en Pamplona en Baluarte bajo la dirección de una mujer, *El canto de Atenea* en un ciclo homenaje que dedicaron, una obra sobre la mitología dedicada a su madre. ¿Cómo ha sido el año y como fue ese momento del estreno?

Este 21 ha tenido muchas luces, pero las sombras de la pandemia han marcado el paso en nuestras vidas y ha condicionado proyectos y empeños. No obstante, conseguí trabajar y terminar una obra para orquesta que estrenará este año la Orquesta Sinfónica de Euskadi; la salud me ha respetado, obtuve reconocimientos tan especiales como el Príncipe de Viana o la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes, y uno de los momentos señalados, efectivamente, fue el estreno de *El canto de Atenea*, que encargó primero y estrenó después la Orquesta Sinfónica de Navarra. Un concierto para flauta que está dedicado a mi madre, y por eso tiene mucho significado para mí. En definitiva, un año con muchos acontecimientos.

Dice que cada obra es más compleja que la anterior, ¿cuál será la siguiente?

La próxima vendrá a Baluarte este año de la mano de la Orquesta Sinfónica de Euskadi. La escribí durante la pandemia, y espero con ansiedad ese primer ensayo tan deseado... Ahora mismo estoy trabajando cámara, pero pronto volveré a la orquesta, en definitiva, debo seguir respondiendo preguntas...

Alguna vez le han preguntado y me atrevo a repetírselo, si estuviera en política, si fuera consejera o ministra de Cultura, ¿qué es lo más inmediato que abordaría?

Sería imposible que aceptase un cargo así, pero puestos a usar la imaginación, lo primero que me propondría es tomar el tiempo necesario para estudiar la situación global y poder así plantear soluciones y prioridades, es decir, pura fantasía porque lo urgente suele matar lo importante...

CURRICULUM

Realizó sus estudios musicales en el Conservatorio «Pablo Sarasate» de Pamplona con, entre otros, Fernando Remacha, Luis Morondo, Juan Eraso y Pilar Bayona, culminando su formación compositiva con los cursos de Sociología y Estética musical de Ramón Barce y de Técnicas de Composición contemporánea de Agustín González Acilu. Es master en Estética y creación musical y doctora en Filosofía del Arte por la Universidad de Valencia. Se diplomó en composición en la Accademia Musicale Chigiana de Siena (Italia) con Franco Donatoni (1988).

Muy activa en las tareas de difusión musical, ha organizado numerosos encuentros, conferencias, conciertos y festivales. También ha sido miembro del Consejo Navarro de Cultura del Gobierno de Navarra y del Consejo Estatal de las Artes Escénicas y de la Música. Actualmente, pertenece al Consejo Nacional de la Música, al Consejo del Teatro Real, al del Coro y la Orquesta Nacional, y al Consejo Social de la Universidad

Pública de Navarra. Es miembro de número de Jakiunde, Academia de las Ciencias, las Artes y las letras del País Vasco, Navarra y Aquitania.

Ha sido miembro fundador del Grupo de Pamplona de Compositores – Iruñeako Taldea Musikagileak. Sus obras se escuchan con regularidad en distintos países de Europa y América. Ha recibido numerosos encargos de importantes instituciones, orquestas e intérpretes.

Autora de varios tratados y numerosos artículos sobre técnica y sociología musical, ha publicado libros, discos y partituras en España, Hungría y Alemania. Es catedrática emérita del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid, y actualmente colabora con la Universidad Politécnica de Madrid en su programa de doctorado «Música y su ciencia y tecnología».

Ha obtenido numerosos premios, entre los que destacan el Premio Nacional de Música (2017), y el Premio Príncipe de Viana de la Cultura (2021). Está en posesión de la Encomienda de la Orden al Mérito civil (2011) y de la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes (2021).